

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Paolo Capra (primero a la derecha y de pie) en una de las muchas reuniones de los socios del Círculo Italiano. En la foto también aparecen los señores Tudesco, Barbato, Ostuni y Salvietti, entre otros. Archivo: Juan Carlos Capra, 2006.



El ingenioso constructor piemontés en su casa de Camiri, allí pasaría sus últimos días. Archivo: Guido Capra Seoane, 2007.

CAPRA, TALENTO Y CREATIVIDAD

Paolo Capra jugaba a ser explorador. En sus sueños infantiles el pequeño piemontés de Monte Grosso de Asti se embarcaba, frecuentemente en galeones de gruesa contextura, para desafiar con descaro a las inclementes aguas del océano. En estas aventuras oníricas, el niño descubría mundos nuevos donde los hombres –casi siempre extraños habitantes de piel acanelada y cabellera frondosa– comulgaban armoniosamente con la naturaleza que los rodeaba. En esas tierras colmadas de misterio y de verde vegetación, las caídas de agua cristalina hacían un recorrido eterno y los animales silvestres –seres desconocidos ante los ojos de un niño europeo– sorbían indiferentes el líquido sin temor alguno. Las aves, no más grandes que un moscardón y de plumaje iridiscente como el de un quetzal, batían sus diminutas alas por encima de la cabeza de los humanos. Estos, a su vez, semidesnudos y libres de toda malicia, caminaban despreocupados por las rutas y senderos que la selva les iba ofreciendo. Paolo sonreía gustoso y no quería desprenderse de este peculiar paseo de los sueños. A menudo, las imágenes deslumbrantes de esos paisajes paradisíacos eran difíciles de hallar. Él lo sabía, por eso, la mayoría de las veces debía resignarse a verlas, sin el esplendor que sus sueños le conferían, en las láminas de estudio de la carpeta escolar.

Sin embargo, el piemontés ignoraba que cada hombre tiene asignada en la vida una ruta por recorrer y ésta, salvo contadas excepciones, no tiene marcha atrás. Paolo, joven y con la madurez suficiente para elegir su camino, optó por vestirse de inmigrante y lanzarse tras la búsqueda de sus lejanos sueños infantiles. En las remotas tierras del caribe sudamericano esperaba encontrar lo que sus sueños le musitaban cuando estaba dormido. El viaje lo hizo en un vapor y su destino preliminar estaba puesto en arribar lo más pronto posible a las costas venezolanas. Confiado y seguro de lo que hacía, no esperaba encontrar en el trayecto un país de climas diversos y geografía interesante. Lo curioso es que Paolo, empedernido en hallar con prontitud las bondades que ofrecía el ardiente trópico americano, recaló en las elevadas montañas del ande boliviano. Habitándose al soplido impío de los nevados, Paolo impuso serenidad a su espíritu y comenzó tranquilo a ejecutar su plan de vida lejos de casa. En 1939, pondría a la práctica los conocimientos de ingeniero que adquirió en el Tecnológico de Milán y, junto a su colega y paisano, Mario Bonino, fundaría la empresa constructora Sudamericana en la ciudad de La Paz. Entre Mario y Paolo había un mar de afinidades y éstas no tardarían en ser avistadas. Ambos hablaban un mismo dialecto, el piemontés, y los dos sentían un deseo apremiante por hacer grandes obras en esas tierras de hombres silenciosos.

La empresa constructora de los italianos catapultó obras de gran emprendimiento, como: la construcción del edificio Perrin Pando en la calle Colón de la Sede de Gobierno; la instalación de la infraestructura del laboratorio químico-metalúrgico Barrande Hesse; la

edificación del Colegio Militar de Irpavi (obra ejecutada bajo la supervisión del Ministerio de Defensa en 1941); la construcción de los ambientes del Automóvil Club Boliviano en la nueva zona residencial de Calacoto; y, finalmente, la elaboración del proyecto para construir el camino carretero entre La Gacheta de Lambate y la mina Ucrania en la provincia Murillo de La Paz¹.

La Sudamericana trabajó con empeño hasta el año 50. De ahí para adelante la sociedad entre ambos amigos se disolvería dejando un legado urbanístico importante en la memoria de los paceños. Mario decidió orientar sus pasos hacia la floreciente ciudad de Santa Cruz de la Sierra, mientras que Paolo, consecuente con su espíritu aventurero, ensayó un nuevo proyecto dentro de su cabeza. En esta oportunidad, incursionaría en la explotación de mineral.

Sigiloso y discreto hasta consigo mismo, el constructor de ojos claros y mirada profunda escarbará por un tiempo determinado en las entrañas rígidas de la tierra extrayendo algunos minerales de valor estimado. Esta actividad le permitirá recorrer impensadamente distancias inconmensurables dentro del territorio boliviano. En 1951, afincado en las húmedas tierras de Rurrenabaque, Paolo hace suya la idea de atraer mano de obra italiana a la región de Ixiamas en el norte de La Paz. Capra, sesudo y claro a la hora de exteriorizar sus pensamientos, deseaba aprovechar la exuberante riqueza virginal de esos campos para abrir una nueva veta de desarrollo en Bolivia. Después de insistir ante las autoridades locales y exponer con elocuencia sus planes, el proyecto navegó sin llegar a puerto seguro y desde aquel día duerme archivado en alguna gaveta pública.

Paolo Capra tuvo tres hijos varones: Freddy, Guido y Juan Carlos, luego de contraer matrimonio con la señora Mercedes Jemio. Desde hace un tiempo, sus restos descansan en un cementerio de la apacible región de Camiri. En vida, este notable piemontés formó parte del grupo de ciudadanos emprendedores que fundaron el Circulo Italiano de La Paz.

¹

Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.80.